

La historia comparada entre el método y la práctica

Un itinerario historiográfico

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires

Haciendo un somero y simplificado balance de un siglo de historiografía occidental puede sostenerse que la comparación, objeto de muchas promesas, hizo pocos progresos. Con escasas aunque ilustres excepciones, estuvo confinada a menudo en autores generalistas, como Toynbee o Spengler, mirados con sospecha por los historiadores profesionales, o en cultores de otras ciencias sociales, en especial los sociólogos, que si no desataban el mismo tipo de aprehensión eran considerados, en el mejor de los casos, como practicantes de otra disciplina.¹

Las razones para esa mezcla de desinterés y prejuicio pueden buscarse en varias partes. Ante todo en algunos fundamentos del historicismo, con su creencia en la irreductibilidad y la singularidad de cada proceso histórico confinado al espacio de intelección y de sentido provisto por el Estado-nación.² Más im-

portante aun, por su efecto sobre la masa de los historiadores en el siglo XX, ese desinterés fue también el resultado de algunas creencias básicas arraigadas en la historia erudita, en especial –por usar la conocida expresión de François Simiand– en los “ídolos” de esa tribu: lo único, lo individual, lo cronológico.³

Fue cuando la historiografía decidió romper con la tradición positivista y la unicidad del conocimiento, apoyándose en la distinción entre ciencias idiográficas y nomotéticas y proponiendo para la historia un estatus de “ciencia de lo particular”, que el método comparativo fue considerado sustancialmente extraño al proceder del historiador. Mientras la vía luego elegida aún no estaba clara, Charles V. Langlois (futuro adalid de la historia erudita con su manual de 1898 junto a Charles Seignobos) podía afirmar en un breve ensayo de 1890 que “If historical science does not consist solely in the critical enumeration of pasta phenomena, but rather in the examination of the laws wich regulate the

¹ Entre las excepciones es necesario recordar la de Otto Hintze, primeramente desde dos ensayos publicados en 1897 y luego desde numerosas obras de investigación sobre el desarrollo de los estados modernos, que buscaba construir una historia constitucional general atenta a las diferencias y hostil a los enfoques sistemáticos. Acerca del significado de su obra cf. G. Di Costanzo, “Otto Hintze e la storia costituzionale e amministrativa comparata”, en P. Rossi (al cuidado de), *La storia comparata. Approcci e prospettive*, Milano, Il Saggiatore, 1990, pp. 73-89.

² Vaya a modo de ejemplo: “percibir en la vida histórica la alianza de la idea y de la realidad por todas partes

y, ante todo, en el estado y en las fuerzas de la nación que le soportan”. Cf. F. Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México, FCE, 1982, p. 510.

³ F. Simiand, “Methode historique et science sociale. Etude critique d’après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos”, *Revue de Synthèse Historique*, t. VI, 1903, pp. 154-157.

succession of such phenomena, clearly its chief agent must be the comparison of such phenomena as run parallel in different nations; for there is no surer means of knowing the *conditions* and *causes* of a particular fact than to compare it with analogous facts”.⁴

Sin embargo, incluso en aquellas miradas, la historicista y la erudita, la comparación estaba presente en las tareas concretas. En primer lugar, en la comparación, implícita o explícita, entre el pasado y el presente. Operación que podía servir para entender aquél por contraste o, más allá de ello, simplemente hacerlo inteligible. Tomemos un ejemplo de la primera, Ortega: “para fijar el estado de las creencias en un cierto momento no hay más método que el de comparar éste con otro o con otros”.⁵ Tomemos un ejemplo de la segunda, la afirmación de Charles Seignobos, de una simplicidad engañosa en busca de resolver una cuestión enormemente problemática: “si la humanidad de antaño no fuera semejante a la actual no se comprendería nada de lo que los documentos contienen”.⁶ Sólo que esa afirmación, más allá de su ilusoria solución, no sólo no resolvía el problema sino que abría otros al poner en crisis algunos postulados básicos del historicismo en sus múltiples formas (el hombre de Seignobos parecía tener naturaleza, no historia) e incluso hacía difícil encontrar justificaciones para el estudio de la historia que no fuesen la de *magistra vitae* o la de la mera curiosidad del anticuario.

Ciertamente esa relación pasado-presente había tratado de resolverla de modo más feliz, aunque quizás no menos problemática-

mente, Ranke, cuando afirmaba que lo que movía al historiador era el fenómeno viviente del hombre a lo largo de las distintas épocas, ese hombre “siempre el mismo y siempre otro”.⁷ Afirmación equiparable a lo que postularía luego Collingwood: que el pasado era de algún modo semejante y por ende aprehensible y de algún modo diferente y por ende susceptible de ser pensado como pasado.⁸ En cualquier caso, sea cual fuese la posición que adoptemos sobre las relaciones entre pasado y presente, semejante o diferente, ellas reposan *volens nolens* sobre una comparación entre ambos.

Yendo de lo celeste a lo terrestre, debería también señalarse que la comparación estaba y está en la práctica misma de los historiadores eruditos. La historia era para ellos una ciencia de conocimiento indirecto cuya labor era convertir los documentos en hechos, extrayendo de ellos el núcleo de verdad que contienen. Esa operación se hacía siempre a través de la comparación, desde las tareas preliminares externas, por ejemplo “la crítica de restitución” (comparando las distintas copias de los documentos) o la crítica interna de “interpretación” (comparando distintas observaciones de un mismo fenómeno para establecer los hechos).

Como se ve a través de los ejemplos presentados, si bien la comparación era una práctica cotidiana tanto gnoseológica como de procedimientos, era completamente abandonada

⁴ C. V. Langlois, “The Comparative History of England and France during the Middle Ages”, *The English Historical Review*, vol. 5, Nº 18, abril de 1890, p. 259.

⁵ J. Ortega y Gasset, *La historia como sistema*, Madrid, Revista de Occidente, p. 6.

⁶ C. V. Langlois-C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, Madrid, Jorro, 1913, p. 236.

⁷ L. Von Ranke, “Sulle relazioni tra filosofia e storia”, en *Le epoche della storia moderna*, Nápoles, Bibliopolis, 1984, p. 306.

⁸ Sin embargo, los márgenes de esa operación son siempre estrechos y sugieren la imagen del historiador como alguien atrapado en el estrecho desfiladero entre el “desesperadamente ajeno” (por tomar una frase feliz de Moses Finley) y el “anacronismo”, riesgo del que permanentemente advertía Lucien Febvre. Cf. M. Finley, *Aspectos de la antigüedad. Descubrimientos y disputas*, Barcelona, Ariel, 1975, Introducción; L. Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, México, UTEHA, 1956.

como instrumento que tuviese una especial utilidad para explicar el pasado. Aunque, como veremos, no necesariamente la historia comparada debe partir de una posición nomológica, en los hechos sería la combinación de una cierta definición de ciencia con la búsqueda de diferenciación de otras disciplinas que la incluían en sus presupuestos metodológicos y con la unidad de análisis y de sentido que proveía el Estado-nación, las que alejarían a los historiadores del empleo sistemático de la comparación.

Ese procedimiento será en cambio más abundante en otras ciencias sociales, en las cuales, inversamente a lo que ocurrió en la historiografía, la opción nomológica se había hecho fuerte. Desde la economía, en la que a partir del giro neoclásico, desde Walras y Marshall, la identificación de sus procedimientos con las ciencias físico-matemáticas se haría absolutamente hegemónico, hasta la sociología, que había nacido ya como disciplina “positiva” con una vocación nomológica y comparativa.

El caso de la sociología es para nosotros más importante por su influencia en los historiadores como contramodelo. Basta recordar que el método aparece esbozado ya como objetivo de la misma por Augusto Comte en su *Discurso sobre el espíritu positivo*: “la investigación de las leyes, es decir de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados”.⁹ Pero no vayamos tan atrás. Pensemos en lo que afirma más sistemáticamente Emile Durkheim en *Las reglas del método sociológico*. El comparativismo era el método más conveniente para la sociología, a los efectos de descubrir causalidades y leyes. Su modelo de comparativismo era lo que llamaba el método de las variaciones concomitantes (encontrar las regularidades entre cau-

sas y efectos a través del análisis de numerosos casos) como un instrumento que permitiese fundar una ciencia, no desde grandes teorías sino desde un procedimiento empírico que partía de una idea inductivista de la misma.

De los muchos itinerarios del comparativismo en la sociología me detendré tan sólo en dos. El primero, el más frecuente, es aquel que la tradición durkheimiana llevó adelante. Para ella la comparación era no sólo el método de la sociología sino el único posible para realizar una tarea científica. Como observaba François Simiand, en su conocido trabajo de 1903, se debía operar no con hechos individuales sino con aquellos que fuesen homogéneos y por ende susceptibles de ser comparados con otros. Esa operación que iba de lo particular a lo general debía desembocar en la construcción de tipologías y en la formulación de leyes de causalidad.

En la obra de Max Weber, desde otras matrices, el método comparativo también aparecía como algo esencial. Sin embargo, en él, el análisis comparativo parece haberse movido en dos formas. Una primera era la búsqueda de la construcción de tipologías, en los modos clásicos de la sociología, pero una segunda y quizás más proficua, la que aplicó al análisis de la religión en el origen del capitalismo, proponía la utilización de la comparación para individualizar, desde la diferencia, las características singulares de un único proceso histórico. Era el del occidente capitalista en el que emergía el proceso de racionalización del mundo característico de la modernidad.¹⁰ Es decir que el comparativismo se usaba aquí no para la construcción de tipos ideales sino para explicar el desarrollo asimétrico del occidente con el resto del mundo, que era el verdadero objeto de interés de Weber. Aunque para hacerlo, Weber debiese recurrir al peli-

⁹ A. Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, Barcelona, Altaya, 1997, p. 28.

¹⁰ M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1979.

grosso expediente de reducir las otras sociedades que indagaba a la racionalidad del propio modelo occidental.¹¹

También en las primeras décadas del siglo XX en la antropología, que más tarde se convertiría en el ejemplo más emblemático de ciencia hermenéutica, el procedimiento comparativo estaba muy extendido. Como ha observado Frederick Barth, el mismo tomaba como modelos a la zoología y a la anatomía macroscópica y en especial a esta última en sus operaciones de identificar y comparar órganos semejantes en su función. Al hacerlo, aquellos antropólogos pasaban por alto dos problemas, de los que nos interesa sobre todo el primero: la imposibilidad de trabajar con la “disección” de los órganos (o estructuras) en la forma en que lo hacía la anatomía y el hecho de que en la antropología no se trataba de comparar dos objetos sino dos “descripciones” o relatos de los mismos.¹² Acerca del primer problema, muchas observaciones podrían hacerse. Primeramente, como observa Barth, que la “disección” parte en la anatomía de una correspondencia estrecha entre esa operación y un objeto físico (el cuerpo humano sobre la que es practicada) y que no es ésta la condición en que operan las ciencias de la sociedad. En segundo lugar, que toda operación de disección en éstas –como fuera por otra parte observado aplicando la misma metáfora de la anatomía en la crítica del grupo de Mousnier a Labrousse y sus discípulos, como veremos– intenta trozar o escindir objetos de límites imprecisos, aun en su función, y cuyo deslinde es una problemática construcción por parte del investigador y una de las dificultades mayores para el análisis comparado.

El entusiasmo por el análisis comparado de las distintas ciencias sociales no era, como vimos, compartido por la historia. Si dos de las razones eran el estatus disciplinar y el enfoque nacional, aquellos que se acercaran desde la profesión histórica a la comparación partirían de una crítica a uno o a ambos presupuestos. Serían entonces los grupos más interesados en un diálogo con las otras ciencias sociales y/o aquellos hastiados, luego de la Primera Guerra Mundial, por los efectos de una historia nacional y nacionalista, los que buscarán en la historia comparada una nueva vía más “científica” y a la vez lejana de fanatismos y patriotismos. Entre estos últimos, uno de quienes remarcó con mayor énfasis la necesidad de salir de los cuadros nacionales fue Henri Pirenne –que ya había escrito una *Historia de Europa* en prisión señalando el camino– en su conferencia inaugural en el congreso internacional de historiadores de Bruselas de 1923 titulada “De la méthode comparative en histoire”.¹³ Sin embargo, para él la comparación era más bien un procedimiento necesario hacia una síntesis explicativa, donde residía su verdadero interés, en parte cívico y en parte historiográfico. Haciendo suyas por un lado las sugerencias de Henri Berr y por el otro las incitaciones (pero no necesariamente los procedimientos) de la sociología, consideraba que sólo en ese plano se podía validar la cientificidad de la historia. Así, de este modo, el uso de la comparación por parte de Pirenne era hecho con propósitos generalizantes aunque alejado de todo empleo tipológico, taxonómico o morfológico.

El cruce de las dos incitaciones aludidas precedentemente se encuentra, en cambio, en la obra de Marc Bloch, a quien es imprescin-

¹¹ La observación es de J. Kocka, “La comparación histórica”, *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, p. 53.

¹² F. Barth, “Metodologías comparativas na análise dos dados antropológicos”, en *O Guru e o iniciador e outras variações antropológicas*, Río de Janeiro, Contracapa, 2000, pp. 187-201.

¹³ Acerca de la intervención de Pirenne en ese congreso y en general sobre su posición sobre la historia comparada, cf. M. Moretti, “H. Pirenne: comparazione e storia universale”, en P. Rossi (al cuidado de), *op. cit.*, pp. 90-109.

dible referirse cuando se habla de comparativismo entre los historiadores. Cuando en 1980 la *American Historical Review* dedicó un número de la revista a la historia comparada puso en la tapa la foto de Marc Bloch como emblema de lo que su obra había significado en ese terreno. A su vez, Bloch practicó la historia comparada en dos de sus grandes libros, *Los reyes taumaturgos* y *Los caracteres originales de la historia rural francesa*, y reflexionó sobre ella en un influyente artículo que presentó en el Congreso Internacional de Historiadores de Oslo de 1928.¹⁴ En él indicó algunas de las fuentes de su itinerario: el curioso artículo de Langlois ya citado, la obra de Pirenne y los trabajos de la lingüística comparada, en especial los de su amigo y colega Albert Meillet sobre las lenguas indoeuropeas. Asimismo, aunque en varias ocasiones exploró la idea, procedente de los sociólogos durkheimianos, de una mayor científicidad de la historia a partir de la operación de comparar sistemáticamente hechos recurrentes que permitiesen la elucidación de lo que llamó las “causas verdaderas”, o incluso orientar a la formulación de leyes, nunca fue más allá de sugerir que tal vez allí había un futuro.¹⁵ En este sentido, las críticas que se le han formulado acerca de que para él la comparación era una operación de segundo grado hacia la síntesis histórica que procedía de su rechazo a la idiografía y de sus convicciones científicistas no parece contemplar adecuadamente la fecunda ambigüedad de su pensamiento.¹⁶

Marc Bloch, asimismo, sugería dos condiciones para la historia comparada: una cierta

similitud en los hechos observados y una cierta desemejanza de los ambientes en los que ellos se producían. Sólo esa combinación permitía una fructífera comparación, a la vez, de semejanzas y diferencias. Los espacios diferentes a estudiar no estaban para Marc Bloch, historiador social y del medioevo, recortados a priori, según líneas jurídicas estatales, sino que la delimitación del campo podía llevarse a cabo dentro o fuera de unidades políticas homogéneas. A partir de allí surgían para Bloch dos grandes vías en la historia comparada. Una, operar con hechos que se producían en sociedades alejadas en el tiempo y en el espacio, de modo tal que los mismos no podían explicarse ni por una comunidad de origen ni por influencias mutuas. El procedimiento aquí era la analogía y el ejemplo era el provisto por la obra antropológica de James Frazer. Aunque Bloch desconfiaba fuertemente de esta aproximación, en sus reflexiones sobre el feudalismo se arriesgó a proponer algunos rasgos comparativos entre el feudalismo europeo y el japonés, dos espacios que no tenían ninguna continuidad espacial.¹⁷ Sin embargo, esa comparación sin límites temporo-espaciales postulaba para él, implícitamente, una afirmación que le disgustaba: la monótona unidad del espíritu humano obligado siempre a las mismas respuestas en cualquier contexto y lugar.

Bloch sugería, en cambio, como mucho más pertinente para el historiador, una segunda perspectiva: comparar sociedades cercanas en el tiempo y en el espacio que se influían entre sí mutuamente, o, más modestamente, problemas específicos de ellas. Es decir, sociedades sujetas, por su proximidad, a la acción de las mismas grandes causas y al menos con algunos rasgos originarios comunes. La ventaja de esta elección era que eludía los pe-

¹⁴ M. Bloch, “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, en *Melanges Historiques*, París, SEVPEN, 1963, t. 1, pp. 16-40.

¹⁵ M. Bloch, “Que demander a l’histoire?”, en *ibid*, pp. 3-16.

¹⁶ P. Rossi, “Introduzione”, en *La storia comparata*, cit., pp. IX-X.

¹⁷ M. Bloch, *La sociedad feudal*, México, UTEHA, 1958, t. II, pp. 193-196.

ligros de las falsas analogías y del anacronismo. Tenía, desde luego, riesgos, pero en ellos estaba su interés. Uno era, por ejemplo, dilucidar qué fenómenos podían ser explicados autónomamente y cuáles a través de la influencia de la otra sociedad estudiada, o la dificultad de dominar en el mismo nivel de profundidad los dos o más campos que se investigaban, o traducir los códigos o vocabularios diferentes empleados por los historiadores de cada lugar. Sus ventajas podían ser, sin embargo, enormes, si la investigación era realizada cuidadosamente. Una ventaja era percibir las influencias mutuas que permitían ir más allá de una explicación de los distintos problemas estrictamente por causas internas; otra, distinguir entre las falsas causas locales y las generales; una tercera, encontrar vínculos antiguos y perdurables entre las sociedades; una cuarta, proveer numerosas sugerencias o pistas nuevas para la investigación. En cualquier caso, para Bloch, la comparación no operaba sólo sobre la búsqueda de semejanzas sino también, y en especial, sobre la de las diferencias. De este modo, en primer lugar, la historia comparada servía, a la vez, para formular de modo mejor las preguntas sobre el propio caso y para explicarlo.

Lo que distingue la posición de Marc Bloch de otras posteriores es que el comparativismo era para él un instrumento estrechamente vinculado con la práctica del historiador y no un método o un procedimiento teórico. En su postura había, lo sugerimos ya, muchas ambigüedades. En este plano, otras críticas que le fueron formuladas, acusándolo de poca sistematicidad o de no emplear plenamente el método de la lingüística comparada en el que dijo inspirarse, aunque legítimas, creen encontrar una debilidad en lo que quizás es su punto de fuerza.¹⁸ Precisa-

¹⁸ A. O. Hill y B. H. Hill, "Marc Bloch and Comparative History" y la discusión de su postura por W. Sewell

mente, la sensata percepción de Bloch de la complejidad de la historia le desaconsejaba emplear la comparación de manera tan rígida y formalizada.

Quien en cambio decidió abandonar las ambigüedades y seguir plenamente la vía propuesta por la tradición durkheimiana, y en especial por François Simiand, fue Ernest Labrousse. En él, método comparativo era sinónimo de método científico y en tanto tal operaba en los distintos planos del trabajo del historiador. En primer lugar, en la operación de comparar entre hechos previamente depurados de lo singular o contingente (si se quiere incluso de su contexto) para convertirlos en homogéneos. En segundo lugar, la operación de comparar dos series de hechos homogéneos para establecer las correlaciones entre ambos. Es lo que presentó en su conocido trabajo de 1944 al proponer una comparación entre las fluctuaciones de los precios y las fluctuaciones de la política en la Francia del siglo XVIII. Pero sus ambiciones avanzarían aun más allá, a un tercer plano. Comparar entre sí distintas revoluciones para tratar de esbozar una tipología general de las revoluciones y de sus causas. Es lo que intentó, aunque en forma cualitativa y no sistemática, en un ensayo de 1948.¹⁹

La comparación en la segunda posguerra

La figura de Labrousse y sus propuestas fueron decisivas para orientar a la nueva genera-

y S. Thrupp, todos en *American Historical Review*, vol. 85, N° 4, 1980, pp. 828-885.

¹⁹ E. Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, PUF, 1944, y "1848, 1830, 1789: trois dates dans l'histoire de la France Moderne". Un fragmento de la primera y de la segunda se incluyen íntegros en E. Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1962.

ción de *Annales* en la segunda posguerra. Aunque la divisa visible no fue la comparación sino la cuantificación, aquélla aparecía, implícitamente, a la vez como una etapa precedente y como una futura etapa sucesiva. Lo que la limitaba era el interés casi exclusivo por la historia francesa y dentro de ella por los estudios regionales, que, aunque instrumentos potenciales para una síntesis ulterior, en los hechos estuvieron confinados más a ser indagados como casos en sí mismos. En este sentido, la lección de Bloch parece haber tenido menos relevancia que la de Lucien Febvre, bastante más hostil al comparatismo.²⁰

En cualquier caso, de la mano de un paradigma científico fuerte con la cuantificación como herramienta, poco a poco aquella forma especial de comparación de matriz labrousiana se expandiría desde los terrenos más afines de la historia demográfica y económica a la historia social y cultural. Las razones por las que todo ello entró en el ocaso en la escuela francesa (no en otras) han sido explicadas por Carlo Ginzburg y Lawrence Stone y aún antes que ellos por Franco Venturi con una expresión feliz: todo parecía, vistos los resultados, el empleo de un ciclón para romper una nuez.²¹

Con todo, es necesario recordar que los afanes comparativos del grupo labrousiano no sólo transitaban el andarivel cuantitativo. También manifestaba un enorme interés hacia el estudio comparado de las estructuras sociales del Antiguo Régimen, que partía de vocabularios y funciones para intentar construir lo que era en realidad una taxonomía social.²² Es decir, nuevamente la lección induc-

tiva durkheimiana, herramienta con la que se polemizaba a la vez con la tradición de Mousnier y sus discípulos (que inversamente acusaban a los labrousianos de emplear impropriadamente un hacha para escindir por sus funciones a la sociedad, trozándola en pedazos para clasificar y comparar) y con los marxistas a la manera de Vilar, que veían en toda aquella tradición una impronta empirista derivada de su desconfianza hacia la teoría.

Ciertamente, en la segunda posguerra el tema del comparativismo no aparece asociado sólo ni principalmente con *Annales*, donde finalmente hubo más promesas que realizaciones. Fue, en cambio, en Alemania donde la nueva historia social puesta en circulación por el grupo de Bielefeld haría un uso extenso de la comparación, aunque en una clave distinta a la que hemos visto precedentemente. Sin duda, ese afán comparativo derivaba aquí también de una apertura a las ciencias sociales, que era además el expediente polémico para romper con la tradición historicista germana precedente.²³ Ello había llevado a ese mismo grupo a denominarse a veces “ciencia social histórica” y a presentar una vía alternativa a la renovación francesa con su énfasis en los conceptos, su atención a la formulación de hipótesis explícitas y su abundante empleo de teorías sociales. Aunque las influencias sobre ellos fueron múltiples, desde el marxismo a la misma escuela de *Annales*, quizá la más relevante fue la de Max Weber, que jugó aquí un papel comparable al que la tradición durkheimiana ocupó en el caso francés.

Esa influencia se verificó en muchos planos, desde la misma concepción de la historia y su relación con las ciencias sociales, al uso de modelos ideal típicos, hasta, que es lo que nos interesa aquí, una cierta forma de

²⁰ Sigo en este punto las observaciones de Hans-Gerhard Haupt, “La lente émergence d’une histoire comparée”, en Jean Boutier et Dominique Julia (dirs.), *Passés recomposés*, París, Autrement, 1995, pp. 196-207

²¹ F. Venturi, *Utopia e Riforma nell’Iluminismo*, Turín, Einaudi, 1970.

²² C. E. Labrousse y otros, *Órdenes, estamentos y clases*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

²³ W. Mommsen, “La storia come scienza sociale storica”, en P. Rossi (al cuidado de), *La teoria della storiografia oggi*, Milán, Il Saggiatore, 1988, pp. 78-116.

aproximarse a la historia comparada. En tanto el problema principal que atrajo la atención de los nuevos historiadores alemanes era la singularidad de la vía alemana en el contexto europeo (el llamado *Sonderweg*), esa pregunta reproducía, a escala más pequeña, aquella de Max Weber acerca de la singularidad de la vía occidental. Esa búsqueda de la particularidad alemana derivaba de la necesidad de explicar el problema en torno al cual se organiza la reflexión del grupo de Bielefeld: el nazismo. Sin embargo, esa especificidad sería indagada no sólo en aquellas dimensiones más evidentes para explicarlo, como podían ser el desarrollo de la estructura social, las debilidades institucionales o las características de su cultura política (y la importancia atribuida a la política fue otra diferencia con el caso francés), sino también en otras algo más alejadas como la vía alemana hacia la industrialización.

En cualquier caso, si tomamos a uno de los mejores y más emblemáticos historiadores del grupo de Bielefeld, Jürgen Kocka, podemos observar cómo su modo de operar con el comparativismo presenta cambios con el paso del tiempo. Inicialmente tenemos sus trabajos sobre las especificidades en el desarrollo de un grupo social en Alemania, los empleados, vistos como una clave para explicar las adhesiones masivas que tendría el nazismo. Indagación de singularidades que reposaban sobre una vasta comparación, a veces implícita y otras explícita, con las características de aquellos en otros contextos nacionales y en especial en los Estados Unidos. La comparación brindaba aquí un instrumento para explicar la excepcionalidad alemana, en el cual los otros casos aparecen en un segundo plano a efectos de contraste. De allí pasa a otra perspectiva, en la cual, aunque el problema alemán aparece como preocupación originaria, se exploran sistemáticamente las diferencias y las semejanzas entre distintos procesos históricos, de los que no sólo el alemán tiene características

excepcionales. Un ejemplo de ello fue la notable encuesta dirigida por Kocka sobre las burguesías europeas del ochocientos.²⁴

En cualquier caso, en la forma predominante de comparatismo del grupo de Bielefeld se encuentra quizás uno de los más relevantes aportes de la tradición alemana, el de actuar como contramodelo de aquellas posiciones que en las décadas de 1950 y 1960, procedentes desde otras ciencias sociales, utilizaban el método comparado para afirmar la unicidad ineluctable del proceso histórico, en lo que era un retorno al evolucionismo unilineal del siglo XIX. Ello era así en la mayoría de los enfoques procedentes de la sociología de la modernización, como en la historia económica, por ejemplo en los estudios comparados inspirados en la obra de Rostow, que buscaban la verificación de la misma secuencia de etapas en el proceso de desarrollo según el paradigma de la revolución industrial inglesa.²⁵

El problema de las vías múltiples de los procesos históricos se afirmó también en diferentes áreas de la historia y el instrumento privilegiado para ello fueron los estudios comparados sistemáticos. Ello ocurrió en aquellos campos en los que era más fuerte la inclinación a modelizar, formalizar y cuantificar: la historia económica y la historia de-

²⁴ Para el primer ejemplo, J. Kocka, *Les employés en Allemagne, 1850-1980. Histoire d'un groupe social*, París, Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1989; para el segundo, la investigación colectiva dirigida por el mismo Kocka, "Bürgertum, Bürgerlichkeit und bürgerliche Gesellschaft. Das 19. Jahrhundert in europäische Vergleich", parte de cuyos resultados han sido publicados en J. Kocka (al cuidado de), *Borghesie Europee dell'Ottocento*, Padua, Marsilio, 1989.

²⁵ Walt Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, México, FCE, 1961. Una temprana crítica a Rostow inspirada indirectamente en las perspectivas del populismo ruso, que a su vez planteaba un tipo de comparación de las diferencias, en el libro ya clásico de Alexander Gerschenkron, *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1963.

mográfica. La misma *New Economic History* ya había propuesto tempranamente ese problema de las vías alternativas, por ejemplo en la obra de Fogel, aunque fuese de manera implícita. Luego, en trabajos posteriores buscó esa indagación comparativa de manera explícita y sistemática a través, por ejemplo, de la contraposición del modelo inglés y el francés del desarrollo económico en el siglo XIX, para negar no sólo la unicidad sino incluso la supuesta mayor eficacia de la vía británica.²⁶

Desde una estrategia de indagación diferente, el comparatismo sistemático también fue encarado por Alfred Chandler en sus estudios sobre la historia de la empresa. Ellos se basaron en el método comparativo, sea para construir primero conceptos desde una confrontación entre distintos casos, sea para proponer luego tipologías nacionales del capitalismo sobre la base de las formas de organización y gestión. Su estudio comparado de 200 grandes empresas en Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos era la base de su tipología de tres tipos de capitalismo, definidos como capitalismo managerial competitivo (USA), capitalismo personal (GB) y capitalismo managerial cooperativo (Alemania).²⁷ Finalmente, para poner otro ejemplo que busca a la vez mos-

trar las numerosas aplicaciones del método comparado en la historia económica y las variedades de estrategia de investigación de las mismas, puede señalarse la obra de Sydney Pollard acerca de la industrialización europea desde una perspectiva regional. Quizás influido por la ausencia de material estadístico comparable en escala regional, el trabajo sigue una línea sustancialmente cualitativa que se orienta no sólo a esbozar líneas de evolución diferentes sino también influencias e intercambios recíprocos.²⁸

La aproximación comparativa fue también muy fuerte en la historia demográfica, en especial por parte del grupo de la Universidad de Cambridge. Aquí se trataba, a la vez, de discutir la idea de un modelo único de familia occidental en la Europa occidental, así como la cronología y las características de la transición de la familia antigua a la (o las) moderna(s). La investigación reposaba sobre una estrategia de indagación de determinados rasgos de la familia –la unidad de co-residencia que podía dilucidarse en las fuentes nominativas y era considerada la forma de interacción social primaria más significativa– aislándolos de sus contextos sociales y temporales. Constituía un intento ambicioso de operar con una lógica equivalente a la durkheimiana –inducción desde la comparabilidad de “hechos” semejantes y empleo de la cuantificación– para esbozar una tipología de formas de familia europea.²⁹ Sucesivamente, numerosos investigadores de distintos países comenzaron a aplicar el mismo procedimiento a sus respectivos casos nacionales y una enorme masa de resultados se produjeron en la década de 1980.

²⁶ Patrick O'Brien y Caglar Keyder, *Economic Growth in Britain and France, 1780-1914: Two Paths to the Twentieth Century*, Boston, G. Allen & Unwin, 1978. La obra aparecía como una polémica además con la lectura general rupturista de la revolución industrial de David Landes. Véase la defensa de éste, que contiene además las distintas posiciones en la polémica, en D. Landes, *La favola del cavallo morto ovvero la rivoluzione industriale revisitata*, Roma, Donzelli Editore, 1994.

²⁷ El procedimiento es presentado por el mismo Chandler en estos términos: “To be valid, historical analysis must be comparative. The must compare the histories of enterprises within the same industry, and then they must compare the collective enterprises within that particular industry with other industries in the same nation and also with that of the same industry in other nations”, A. Chandler jr., *Scale and Scope. The Dynamics of Industrial Capitalism*, Cambridge-Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 1990, p. 10.

²⁸ Sydney Pollard, *Peaceful Conquest. The Industrialization of Europe, 1760-1970*, Oxford, Oxford University Press, 1981

²⁹ Richard Wall, Jean Robin y Peter Laslett, *Family Forms in Historic Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

Sin embargo, diferentes críticas surgieron hacia el método empleado y hacia los resultados obtenidos, que eran, en forma y sustancia, semejantes a aquéllas realizadas a otros intentos cuantitativos de la tradición francesa que ya señalamos.

Desde argumentos tomados en préstamo a la antropología se cuestionaba que la persuasión formal iba acompañada de operaciones de selección de los rasgos a comparar, que podían ser no sólo discutidos sino aun considerados arbitrarios, y que la capacidad explicativa de todo ello para entender la lógica de funcionamiento familiar era muy discutible.³⁰ Con todo, las críticas –más centradas en los intentos de una tipología europea que en las más persuasivas indagaciones sobre el caso británico–, a diferencia de lo que ocurrió en el caso francés, no generaron ningún giro decisivo en las investigaciones, que siguieron dominadas por la metodología del grupo de Cambridge. Observación que debe servir para recordar no sólo que la evolución de la historiografía no puede ser filiada a través de lo que ocurre en los casos más conocidos, sino que refleja un estado de atomización de la disciplina, de sus métodos y de sus prácticas, que es la característica de la fase abierta en la década de 1980.

En cualquier caso, para aquellos grupos innovadores en los cuales el giro antinomológico fue mayor, la presencia de los motivos procedentes de ciertas tradiciones antropológicas, en sustitución del diálogo anterior con la sociología y la economía, se hicieron relevantes. Así ocurrió con la microhistoria italiana. Aunque sus matrices intelectuales no fueron semejantes en los distintos historiadores que componían ese grupo, sí aparecía en común la hostilidad hacia temas como la representatividad del caso o la generalización

derivada de la comparación entre distintos casos, tan vigente en los modelos de historia-ciencia social precedente. El motivo dominante era, como en la antropología, el del contexto, y la comparación o estaba ausente o jugaba un papel totalmente diferente. Se trataba ahora de usar el propio caso como un modo de argumentar contra las teorías sociales generales.

Todo tiene un aire de familia, por poner un solo ejemplo prestigioso, con el uso que hace Clifford Geertz de la comparación de tres casos, por lo demás dislocados en el tiempo y en el espacio (la Inglaterra Isabelina, Java en el siglo XIV y Marruecos a fines del siglo XIX), en su conocido artículo “Centro, rey y carisma”, para discutir un concepto central en el análisis sociológico. Es el contexto el que ilumina –permite interpretar– el significado de cualquier fenómeno social, en este caso el “carisma”. Un tipo de operación que ha tenido, por otra parte, su más fiel seguidor en otro estudioso, alejado por lo demás en tantos aspectos de los microhistoriadores, como Robert Darnton.³¹

Así, en este tipo de enfoque que podemos llamar hermenéutico, la comparación aparece como un instrumento válido para subrayar las variaciones, para resaltar las diferencias y no las semejanzas y nunca para proponer leyes o ni siquiera modelizaciones o tipologías. Todo ello contrasta fuertemente con el uso que desde la sociología histórica se había llevado a cabo en modo creciente desde la década de 1960. Entre las obras de Barrington Moore, Reinhardt Bendix, Stein Rokkan, Theda Skocpol o Charles Tilly existen muchas diferencias, pero una voluntad común de buscar a través de la comparación sistemática regularidades (y para algunos incluso leyes) que

³⁰ G. Levi, “Family and Kin. A few thoughts”, en *Journal of Family History*, 15, 1990, pp. 567-578.

³¹ R. Darnton, “Censorship, A Comparative View: France, 1789-East Germany, 1989”, en O. Hufton (ed.), *Historical Change and Human Rights. The Oxford Amnesty Lectures 1994*, Nueva York, Basic Books, pp. 101-130.

permitan encontrar un tipo de explicación “científica” de las causas de los fenómenos sociales en perspectiva histórica.

Bendix indagaba en escala global las bases de dos sistemas de gobierno alternativo: la monarquía hereditaria y la soberanía popular, a partir de la época moderna. Se trataba de una aplicación del comparativismo de un modo que recuerda al de Max Weber, es decir, de buscar en él las bases para una explicación de un caso específico de desarrollo original: porqué la sociedad occidental fue la única que generó una forma de legitimidad basada en el gobierno del pueblo.³² Por su parte, Theda Skocpol, en su estudio sobre las grandes revoluciones, trató de encontrar una explicación causal única para las mismas. El procedimiento de Skocpol residía en comparar aquellas grandes revoluciones (francesa, rusa, china) entre sí. La comparación proponía también una confrontación entre aquellos países en los que una revolución se produjo con aquellos en que no ocurrió o donde fracasó, actuando estos últimos como casos negativos o de “control”.³³ La comparación de Skocpol se basaba en casos nacionales y otorgaba un rol central explicativo al Estado y la política, prescindiendo relativamente de las limitaciones temporales y espaciales que había sugerido Marc Bloch para los casos a comparar. El propósito de la autora era identificar las condiciones necesarias y suficientes del surgimiento de las revoluciones y para ello hacía un abundante uso de teoría social, empleando la evidencia empírica más como un instrumento para validarla que como el punto de partida de su trabajo. Es decir que todo se mueve en un plano de causalidad y cientificidad muy ambicioso.

Un análisis bastante paralelo al de Skocpol es el de Barrington Moore, en el cual ella en parte se inspiró. Su tema giraba también sobre un análisis de las dictaduras y de las democracias, pero buscando una explicación para unas y otras en la estructura social y no en la política. Moore estaba atraído, en especial, por las estructuras agrarias y el poder de los sectores terratenientes, vistos como clase dominante, que eran el núcleo clave de su explicación de las características de los sistemas políticos. Yendo aun más lejos que Skocpol, indagó comparativamente ocho casos que procedían de Europa, Norteamérica y Asia, aunque su enfoque estaba mucho más atento que el de Skocpol a los contextos históricos y a la evidencia empírica y mucho menos a la teoría social.³⁴ Si bien nuevamente aquí nos encontramos con una comparación entre casos y sociedades muy diferentes entre sí, la asunción de Moore, que en esto no está lejos de los evolucionismos decimonónicos, era que todas las sociedades son comparables si se encuentran en un estadio semejante de su desarrollo.

Diferente fue la aproximación de Stein Rokkan, que procedía de la ciencia política, en su estudio sobre el proceso de desarrollo político de Europa en el largo plazo. Aquí el autor tomaba un área homogénea y sujeta a influencias e interdependencias comunes que, como otro punto innovador, presentaba un estudio no sólo de las grandes naciones sino también de las pequeñas, quizás porque él mismo procedía de Noruega. También innovaba con respecto a sus antecesores porque no buscaba una explicación unitaria, sino más bien identificar las diferencias entre los distintos casos nacionales a los efectos de la construcción de una tipología y una topología sobre la base de una evidencia empírica am-

³² R. Bendix, *Kings or People: Power and the Mandate to Rule*, Berkeley, University of California Press, 1978.

³³ Theda Skocpol, *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

³⁴ B. Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península, 1979.

plia y de un reducido número de variables tomadas en consideración. Finalmente, Rokkan ejercitaba su comparación sobre dos planos, uno sincrónico y otro diacrónico, dada la atención que prestaba al estudio de la historia como un proceso que articulaba pasado y presente.³⁵ Un intento cercano temáticamente al de Rokkan, aunque más sistemático, fue el proyecto interdisciplinario dirigido por Charles Tilly sobre la formación de los estados nacionales en Europa Occidental (del que Rokkan por otra parte participaba). Sus conclusiones postulaban la identificación de dos vías alternativas, una que englobaba a los grandes estados occidentales y otra a aquellos surgidos de la disgregación de unidades imperiales. Su estrategia era un comparativismo sistemático de un conjunto de rasgos escogidos en busca de la variable crítica.³⁶

Basándose en una comparación entre las distintos procedimientos empleados por aquellos autores y otros, el mismo Tilly ha reflexionado sistemáticamente sobre el problema del comparativismo y ha elaborado una tipología de comparaciones más sofisticada y abarcativa que la de Marc Bloch, aunque no necesariamente más útil para el análisis histórico. Tilly identifica cuatro tipos sustanciales de comparación, dos simples (individualizadora y universalizadora) y dos múltiples (globalizadora e identificadora de la diferencia). La comparación individualizadora analiza cada caso en sí mismo, reduciendo las propiedades comunes con los otros como forma de verificar las singularidades de cada uno. La universalizadora, en cambio, busca encontrar los elementos comunes a todos los casos considerados postulando una sustancial unidad evolutiva de todos los procesos histó-

ricos. Los trabajos de Weber, Bendix y O'Brien son una muestra del primer tipo y, en general, las historias evolutivas del siglo XIX y la de Rostow, del segundo. La globalizadora, en cambio, aspira a colocar todos los casos dentro de un sistema general que los contiene y los explica, y aquí los ejemplos serían la obra de Immanuel Wallerstein o la de Rokkan. Finalmente, la comparación que busca identificar la diferencia analiza, a través de un conjunto de variables indagadas sistemáticamente en todos los casos en consideración, dónde se encuentra el punto crítico diferenciador. Sin embargo, como el mismo Tilly reconoce, buena parte de los autores que hacen comparativismo no son fácilmente clasificables exclusivamente en uno de los tipos sino que, en general, todos ellos los combinan en diferente grado.³⁷

Los caminos sumados de la sociología histórica, de la historia económica y demográfica y de las distintas formas "nuevas" de la historia social parecían conducir, mirados en la década de 1970, a una definitiva victoria del comparativismo. Quizás reflejo de ese clima fue el nacimiento de una revista especializada: *Comparative Studies in Society and History*. El análisis realizado por Raymond Grew, hace ya veinte años, sobre la base de unos 500 manuscritos enviados a la revista para su publicación, muestra algunas características del campo de entonces. Algunas de sus conclusiones son que un importante número de los manuscritos se refería a sociedades coloniales, enfocaban predominantemente temas de historia social (la historia de las mujeres entre ellos), ponían un mayor énfasis en análisis de estructura social que en estudios de comportamientos y se centraban en un único caso (es decir, no eran comparativos o el comparativismo era implícito) o en dis-

³⁵ Stein Rokkan, *Citizens, Elections, Parties*, Nueva York, McKay, 1970

³⁶ C. Tilly (al cuidado de), *La formazione degli stati nazionali nell'Europa occidentale*, Bolonia, Il Mulino, 1984.

³⁷ Charles Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1984.

tintos casos dentro de un mismo contexto socioespacial.³⁸

Mirando los índices y los abstracts de los dos últimos años disponibles en Internet (2002-2003), las cosas han cambiado, aunque algunos de esos cambios parecen seguir líneas precedentes. Con todo, haciendo un balance de conjunto, casi nada hay aquí que parezca comparativismo a la manera de las décadas de 1960-1970, ni siquiera comparativismo. Hay más bien contactos culturales, en especial entre mundos coloniales y sus relaciones con los europeos. La interculturalidad parece sustituir al comparativismo.

Un balance a modo de conclusión

Luego del itinerario presentado, que no es desde luego exhaustivo ni tampoco representativo, sino tan sólo una exposición de una gama variada de posiciones acerca del comparativismo en el siglo XX, es inevitable intentar un balance propositivo acerca de sus usos, sus posibilidades y sus límites.

Una primera observación general es que los estudios comparativos han sido practicados mayoritariamente por historiadores con vocación de diálogo con las ciencias sociales o con científicos sociales que trabajan en perspectiva histórica. En ambos casos, el comparativismo ha ido asociado con enfoques nomológicos, modelizantes y tipológicos. En esa perspectiva, ha sido un arma tanto contra la llamada historia tradicional como contra el historicismo absoluto, para el cual cada caso es un caso en sí y es explicable desde él mismo. Ya que esta posición ha estado asociada, la mayoría de las veces, con el Estado-nación como entidad provista de sentido, puede postularse que el comparativismo ha brindado buenos

frutos para ampliar horizontes y reducir prejuicios. Aunque no siempre ni necesariamente el enfoque nacional-céntrico es un enfoque ideológicamente nacionalista, inevitablemente es un tipo de aproximación que privilegia los factores internos y, dentro de ellos, los que operan sobre el conjunto de personas en un espacio jurídico-territorial, por ejemplo el Estado y las políticas públicas, en tanto la potencial unidad del objeto reposa sobre la interacción compartida por ellas con un centro emisor. En este plano la historia comparada pudo y puede brindar perspectivas de análisis más amplias.

En segundo lugar, la historia comparada ha sido también un arma contra el evolucionismo unilineal –que Charles Tilly ha llamado uno de los ocho postulados perniciosos legados por el siglo XIX–.³⁹ A través de ella fue y es posible construir tipologías que, aislando ciertos rasgos considerados significativos, permitan encontrar áreas de coherencia a lo largo del tiempo entre determinados conjuntos de fenómenos en contextos espaciales diferentes. Ciertamente, como ya lo hemos señalado, esa operación implica inevitables simplificaciones o estilizaciones de una realidad que es siempre excesivamente compleja. Con todo, es desde luego un progreso pensar en distintas vías alternativas para los procesos históricos antes que pensar sólo en una que debe repetirse con desfases temporales en cualquier ámbito, sea local, regional, nacional o continental. Por otra parte, esas tipologías pueden actuar como esquematizaciones de realidades complejas que aspiran a describirlas “tal cual eran”, pero también como instrumentos ideales para pensarlas desde la distancia entre cada caso en particular y los modelos ideal-típico construidos.

Si la modelización y la construcción de tipologías, aunque no compartidas por todos los

³⁸ Raymond Grew, “The Case for Comparing Histories”, en *American Historical Review*, vol. 85, N° 4, 1980, pp. 763-778.

³⁹ C. Tilly, *Grandes estructuras...*, cit., pp. 26-27.

cultores de la profesión, parecen ser tareas enteramente legítimas dentro de la pluralidad de formas de hacer historia que caracterizan el comienzo del nuevo siglo, diferente es el caso de las ambiciones nomológicas. En este plano, el consenso mayoritario, al menos hoy en día, es que las ambiciones de una ciencia de lo social equivalente a la ciencia de la naturaleza deben ser dejadas de lado y, junto con ellas, las de construir “leyes”. Consecuentemente, la idea de que la comparación podía ser utilizada como un procedimiento experimental indirecto de las ciencias sociales para sostener una noción de causalidad entre dos fenómenos es algo bastante problemático, ya que casi nunca puede postularse o darse por supuesto (como en el mundo físico) que las restantes condiciones permanecen constantes (*ceteris paribus*). Así, la historia comparada encuentra uno de sus límites en la enorme complejidad de las sociedades y en un grado inevitable de indeterminación en el conocimiento de las mismas. Dos afirmaciones de buen sentido que, sin embargo, no deberían implicar retornar a la modestia de aspiraciones de los historiadores eruditos. Quizás se trata de volver a colocar a la historia comparada en una discusión más general sobre las ambiciones de una ciencia social histórica posible y sobre los requisitos para un conocimiento cierto, plausible, del pasado, abandonados ya muchos de los excesos relativistas de las dos últimas décadas del siglo XX y también las ilusiones del viejo positivismo. Más allá de los alcances y los límites de la científicidad, la pregunta pertinente es (quizás) si ella es un norte o no lo es. Como una vez dijo Geertz –que no puede ciertamente ser sospechado de positivismo–: aunque no haya ambientes absolutamente asépticos, no es lo mismo operar en un albañal que en una clínica.⁴⁰

Una situación como la descrita nos lleva de vuelta a las sensatas reflexiones de Marc Bloch y a su idea de un comparatismo más como un instrumento que como un método, que opera a la vez sobre semejanzas y diferencias (y el énfasis mayor o menor en unas u otras define un posicionamiento historiográfico) y que no aspira a la rigidez que en su utilización exhiben otras ciencias sociales. Esa forma de aproximación permite ensanchar el horizonte de preguntas y de problemas, eludir riesgos de anacronismos, de unilateralismos (las causas endógenas como excluyentes) y de provincialismos historiográficos. Aunque no sirviese para otra cosa, la historia comparada seguramente sirve para formular mejor el cuestionario sobre el propio caso en estudio. Por otra parte, aun si partimos de considerar nuestro caso como singular, esas singularidades son más comprensibles si son miradas desde la comparación con otros casos. Cuando François Guizot, luego de las jornadas de febrero de 1848, creyó haber perdido la inteligibilidad del proceso histórico francés abierto con la revolución de 1789, dirigió su mirada hacia Inglaterra. A partir del estudio del “éxito” de la revolución inglesa comparado con el (para él) fracaso de la francesa –tema que daría lugar a una larga saga de trabajos–, creyó poder entender esta última.⁴¹ Aunque esa nueva inteligibilidad fuera sólo otra lectura quizás más comprensiva que las precedentes. En cualquier caso, ello nos pone en otra pista de las ventajas del comparatismo, que no hace a las vías de interrogación del pasado sino a su interpretación. La comparación puede ayudar a construir interpretaciones más complejas, si se prefiere más “densas”.

Con todo, la operación comparativa requiere, al menos para los historiadores, una

⁴⁰ C. Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000.

⁴¹ P. Rosanvallon, *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1985, pp. 320 y ss.

discusión sobre los prerequisites y sobre las dificultades. Marc Bloch ya había señalado algunas precauciones: estudiar sociedades cercanas en el tiempo y en el espacio, buscar un equilibrio (difícil) en el nivel de conocimiento de los distintos casos, prestar atención a los problemas de traductibilidad de un código historiográfico a otro. Sin embargo, podemos ir más allá y observar que la elección de los casos a comparar contiene ya un a priori que también debe ser discutido. Un ejemplo presentado por Kocka puede ayudarnos en ello. Si estudiamos el problema del totalitarismo, ¿cuáles casos deberíamos comparar? Si se compara nazismo y fascismo, el cuestionario parece orientarse hacia las condiciones y el papel social de ambos. Si se compara el nazismo con el estalinismo, la pregunta se encamina hacia los sistemas de dominación dictatoriales e ideológicos.⁴² En la elección de los casos a comparar está la pregunta y en la pregunta, buena parte de la respuesta. El problema no es sin embargo necesariamente irresoluble, aunque requiera una atenta discusión sobre la selección, sus pre-

supuestos y sus límites. En la elección de los casos aparece además otra cuestión, en consonancia con los climas historiográficos actuales: la escala en la que deben ser comparados. Aunque la prioridad excluyente otorgada por la microhistoria a la escala pequeña ha sido dejada atrás, su llamado de atención acerca de la escala en la que se estudian los fenómenos sigue plenamente vigente.⁴³

Para concluir, aunque la comparación no sea la vía privilegiada para resolver los problemas de la investigación histórica, como algunos pensaron en el pasado, sí puede serlo, al igual que otras, para ayudar a la construcción de una historiografía más problematizadora y más abierta. Visto, además, que los historiadores practican bastante más de lo que confiesan la comparación, sería conveniente que lo hiciesen de manera más explícita. Los avances en la profesión deberían ir asociados con la discusión y la presentación de los procedimientos empleados y sus límites, y no con el enmascaramiento de los mismos en la opacidad de la narrativa. □

⁴² J. Kocka, "La comparación...", cit., p. 50.

⁴³ J. Revel (ed.), *Jeux d'Échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Le Seuil/Gallimard, 1996.